

Escapar de los falsos lazos: Emerson y la conducta de la vida

RICHARD G. GELDARD

Richard G. Geldard, formado en el Bowdoin College y la Universidad de Stanford, concentra sus intereses en los estudios sobre la figura de Ralph Waldo Emerson y en los estudios sobre la antigüedad griega. Es miembro de la dirección del Ralph Waldo Institute, con sede en Nueva York (www.RWE.org). Ha editado *The Essential Transcendentalists* (Jeremy P. Tarcher/Penguin, New York, 2005).

Este ensayo defiende que la escritura que Emerson preparaba para sus lectores y oyentes debía despertar a los dormidos con ataques retóricos al sistema, no ser una confesión personal. Cuando en 1851 Emerson dijo: “Mi espíritu está preso en prisiones tan profundas que nadie lo visita si no lo hago yo”, articulaba el meollo de su única tarea en el mundo, y estas consideraciones tempestivas son las noticias que lleva a aquéllos que se encuentran presos, a los que brinda la escapatoria de los lazos falsos y la oportunidad de colaborar de algún modo en el bienestar de los demás.

This essay asserts that the Emerson's writing was meant for awakening the sleeping mind with rethorical shocks to the system, not personal confession. When Emerson in 1851 said, "I have my own spirits in prison, spirit in deeper prisons, whom no man visits if I do not," he articulated the core of his unique task in the world, and these considerations by the way are the tidings he carries to those in prison, offering escape from false ties and the opportunity to add somewhat to the well-being of others.

Palabras clave:

- escritura/writing
- consideraciones tempestivas/considerations by the way
- la conducta de la vida/the conduct of life

Demasiado a menudo se acusa a Emerson de ser *quijotesco*. Cuando se le preguntó a la difunta Susan Sontag por qué en sus primeros años de profesión no escribió sobre las figuras literarias americanas más importantes, incluida la de Emerson, respondió que siempre había querido que sus ensayos fueran útiles. La ausencia de cursos universitarios sobre “Emerson aplicado” confirmaría que el razonamiento de Sontag es correcto. El propio visionario ya lo dijo con suficiente claridad en ‘Consideraciones tempestivas’ (uno de los capítulos de *La conducta de la vida*): “Hay tanto hado, tanto irresistible dictado del temperamento y de la inspiración desconocida en ella, que dudamos de poder decir nada sobre nuestra experiencia que sirva de ayuda a los demás”. Mi pregunta, a pesar de este descargo de responsabilidad, es si podemos decir que Emerson es, al final, un autor útil. ¿Cómo podrían interpretarse estos dos versos del prólogo poético?

El más rico de los señores es el uso
Y la musa más rubicunda, la salud.

Como demuestra *La conducta de la vida*,¹ Emerson fue, particularmente en sus últimas obras, más profesor que filósofo y más guía espiritual que teólogo. Como ya he discutido en otro lugar, su método era más bien la instigación pertinente que la explicación reflexiva. Su lenguaje echa por tierra las autocomplacencias y perturba nuestro sueño habitual. Lo hace mediante una especie de brusca elocuencia. Eso es lo que indujo a Stanley Cavell a referirse a la retórica emersoniana como “la atractiva y repelente forma en la que escribe”.

El desesperado desafío de, en cierto modo, definir a Emerson, se relaciona con esa atractiva repulsión a la hora de enfrentarnos a él. Él mismo dijo: “Yo soy siempre poco sincero, ya que siempre he sabido que hay otras actitudes”, y por “actitud” se refiere al estado de receptividad o grado de presencia en el momento en que se le escucha. Como conferen-

ciante, sin duda, tenía presente la advertencia de su amigo y adversario, Henry David Thoreau, quien dijo: “Lo que tenga éxito con la audiencia es malo”. La otra cara de esa moneda, sin embargo, la ofrece un comentario de Harold Bloom, que en cierta ocasión observó en un seminario, muy a la ligera, que lo realmente destacable de Emerson era que siempre estaba en lo cierto, y seguramente ese aspecto, al final, ha de ser útil.

‘Consideraciones tempestivas’ no formaba parte de la serie de conferencias originales de *La conducta de la vida*, que fueron por primera vez pronunciadas en Pittsburg en 1851. Las cinco originales —de ‘Éxito’ a ‘Culto’— formaban el contenido de lo que circunstancialmente llegaría a ser *La conducta de la vida* en 1860. Aunque no lo pronunciara desde el atril en Pittsburg, Emerson pensaba en el contenido de las ‘Consideraciones tempestivas’ como contexto para la serie entera. Gracias a la extensa introducción histórica de Barbara Packer en la nueva edición de Harvard, sabemos que ‘Consideraciones tempestivas’ fue pronunciado por primera vez en forma de conferencia en New Haven, en 1856, y Packer apunta una conexión útil: “Su objetivo es describir los resultados del principio de compensación”.

Mientras que ‘Hado’ e ‘Ilusiones’ (el primer y el último capítulo del libro, respectivamente) reafirman al idealista en Emerson, ‘Consideraciones tempestivas’, como su ensayo original, adopta la posición de que, aunque diariamente nos encasillamos y limitados a lo profano, y lo copiamos, siempre tenemos los medios para desplazarnos a un terreno más elevado. Los pasos específicos están perfilados en el párrafo final del ensayo, y casi podemos ver a Emerson deteniéndose para encontrar *le mot juste* que resuma las ‘Consideraciones tempestivas’ de las treinta y pico páginas anteriores. Esto es lo que afirma:

El secreto de la cultura es aprender que unas cuantas cuestiones reaparecen con firmeza, tanto en la pobreza de la granja más oscura como en medio de la vida metropolitana, y que son las únicas que han de ser consideradas: escapar de cualquier lazo falso; el coraje para ser lo

1. Este artículo es una contribución a la Convención ALA de Boston, en 2005, sobre la edición de *La conducta de la vida* de Ralph Waldo Emerson en la serie de las obras completas de Harvard: *The Conduct of Life*, Introduction by Barbara L. Packer, Notes by Joseph Slater, Text Established by Douglas Emory Wilson, The Collected Works of Ralph Waldo Emerson, vol. VI, The Belknap Press of Harvard UP, Cambridge, Mass., and London, 2003. (Citamos según RALPH WALDO EMERSON, *La conducta de la vida*, edición de J. Alcoriza y A. Lastra, Pre-Textos, Valencia, 2004.) Éxito, Riqueza y Economía eran títulos de la serie de conferencias de Emerson.

que somos y el amor por lo simple y bello; la independencia y unas relaciones alegres. Esto es lo esencial, junto al deseo de servir, de añadir algo al bienestar de los hombres.

Como sabemos, la palabra “cultura” para Emerson significa siempre la propia cultura, que al mismo tiempo significa la recuperación, la “posición erecta”, la educación del ser más elevado. Dice que el paso más importante para conseguir esta recuperación es escapar de cualquier lazo falso. Pasos posteriores siguen, de forma natural, a aquella fatídica separación del pasado mundano y el presente de hábitos ya formados.

Para conseguir sus objetivos más elevados como conferenciante, Emerson tuvo que depender de sus ensayos más importantes, como ‘Confianza en sí mismo’ y ‘Compensación’, que le precedieron. Sin estas referencias, probablemente el nuevo material habría llegado desde el podio a oídos, si no sordos, dormidos. La audiencia tenía que recordar que en cada trabajo de un genio reconocemos nuestros propios pensamientos rechazados y que, ya que al final nada es sagrado, salvo nuestra integridad, la tarea consiste en conseguir esa integridad escapando de las cadenas de los lazos falsos.

Es significativo que la primera serie de *La conducta de la vida* tuviera lugar en Pittsburg. Como Richardson nos recuerda, en 1851 Pittsburg era un pueblo minero, impregnado todo él de resbaladizo y funesto carbón, donde el cielo y las caras de la gente eran de un negro uniforme, fenómeno que Emerson había experimentado en Inglaterra cuatro años antes. Pittsburg era la máquina del progreso material, donde se generaban Éxito, Riqueza y Economía* con el fin de estimular la caótica o, digamos, absurda expansión hacia el oeste. Para Emerson, el arduo viaje a Pittsburg en carruaje, tren y barco por canal era una operación de salvamento, no sólo un enriquecimiento cultural. En esos viajes trataba con almas perecedoras. Ése era el propósito de su vida.

Emerson empieza ‘Consideraciones tempestivas’ recordando a sus lectores que no podemos, no debemos depender de los dioses designados por la sociedad para nuestra salvación. Menciona las profesiones más respetadas que nuestra sociedad nos ofrece: la del sacerdote, el médico, el abogado y el juez, y los muestra a todos ejercitando sus profesiones como si de un éxito accidental se tratara y fueran experimentadores fallidos. El sacerdote no tiene la menor idea de si sus palabras resultarán inspiradoras; el médico intenta adivinar sus curas; el abogado se sorprende si gana el caso, y el juez no tiene la menor idea de si realmente está impartiendo justicia.

Los profesores deberían reconocer esto perfectamente. ¿Acaso alguna de esas caras que nos observan, fanáticas de los apuntes, recibe una influencia positiva de algo de lo que decimos? No tenemos ni idea. Yo siempre me he preguntado, por ejemplo, cómo pueden enseñar los profesores ‘Confianza en sí mismo’ y tomárselo en serio. Siempre que leía este pasaje a los estudiantes me sorprendía que no hubiera quien se levantara y se fuera:

Hay una época en la educación de cada hombre en que se llega a la convicción de que la envidia es ignorancia; que la imitación es suicidio; que uno debe aceptarse a sí mismo para lo bueno y para lo malo, como su dote; que aunque el

La naturaleza crea a un Emerson por cada cincuenta de los que nos dedicamos a enseñarlo o, como Emerson expone, un buen melón por cada cincuenta insípidos. No, sólo la confianza en sí mismo y el romper con vínculos falsos nos conducirán hacia el buen camino

amplio universo esté lleno de bondad, ningún fragmento del grano nutriente puede llegarle si no es a través de un trabajo arduo otorgado a esa parcela de tierra que se le concede para que la cultive. El poder que reside en él es nuevo en la naturaleza y nadie más que él sabe lo que puede hacer, ni tampoco él lo sabe hasta que lo prueba.

Pero, por supuesto, no se levantan ni se marchan, porque su instrucción tiene más tracción que su intuición, o no se les ocurre creerlo, o piensan que el pasaje trata en realidad de agricultura. La verdad es que todos nosotros estaríamos sin trabajo si nuestros alumnos escucharan realmente a Emerson y lo tomaran en serio.

Después de descartar la inutilidad de los profesionales, Emerson apela a ejemplos inspiradores de genios, y se refiere a aquellas almas poco comunes que han conseguido la inmortalidad a través del pensamiento y a quienes nos muestran el camino con su trabajo. El genio está lleno de la fuerza de la vida y la vida, como Porfirio nos dice, es lo que mantiene la materia unida. Pero el genio es poco común, no está lo bastante cerca de nosotros. La naturaleza crea a un Emerson por cada cincuenta de los que nos dedicamos a enseñarlo o, como Emerson expone, un buen melón por cada cincuenta insípidos. No, sólo la confianza en sí mismo y el romper con lazos falsos nos conducirán hacia el buen camino.

Sin embargo, la pregunta persiste: ¿cómo seguir? ¿Qué pasos prácticos podemos dar para nuestra recuperación? Sus recomendaciones, en primer lugar, nos alejan de los valores falsos, de lo profano de las calles y el aire viciado de los salones, pero ¿entonces qué? Claramente, la buena compañía es la clave, pero el poder de la muchedumbre es fuerte y seductor, aunque inmaduro, deforme y caótico. No servirá saltar desde las calles hasta los salones refinados. La alta sociedad se muestra igualmente superficial, no ofrece ningún alimento real al espíritu.

Entonces ¿hacia dónde volvernos? Lo que no es superficial es la auténtica naturaleza y la sustancia de las cosas, pero tenemos que verlo todo con un ojo que, de hecho, esté en contacto con las leyes de la naturaleza. Antes de fijarnos en las polaridades del caos y el sofocante orden, debemos ver cómo esos aparentes opuestos provienen de un mismo origen. La materia prima de nuestra recuperación se origina en la interacción y fusión del caos y la forma. El carbón puede ser un material muy primitivo, pero dirige el mundo y sin él estaríamos inacabados. Emerson calentaba su estudio con esos sólidos fragmentos de decadencia y transformaba sus poderes de fabricación calorífica en conciencia. El secreto de la cultura es la transformación del poder puro en llama sagrada. Pero los dos van uni-

dos y provienen del mismo elemento. Fue este aspecto del pensamiento emersoniano el que atrajo a Nietzsche, particularmente en *El nacimiento de la tragedia*, que articula la fusión apolínea y dionisiaca.

El segundo paso práctico es el bienestar físico y mental. Tened salud, dice Emerson. La enfermedad nos roba nuestro carácter y arruina nuestra promesa. Abandonad las palabras poco sinceras; detened el llanto y tratad la enfermedad de un modo sano (una directriz, por cierto, que Sontag habría aplaudido). Ningún obstáculo para recobrase fue más prominente para Emerson que la enfermedad debilitadora. Él lo sabía íntimamente, oía el llanto en sus propias paredes y veía sus efectos en la personalidad. Eliminar cualquier palabra insincera de las circunstancias de la enfermedad es una transformación de la enfermedad en cultura, que realza la creatividad a través del genio y el carácter.

Las implicaciones para la salud en la espiral ascendente son muchas. En el centro se encuentra la identificación con el cuerpo. Emerson se refería a su propio cuerpo como la oficina donde trabajaba. Esta división es fundamental para su idealismo. Las diferencias filosóficas entre la proposición material “Yo soy este cuerpo” y la trascendental “Este cuerpo es un instrumento para mi uso” son definitivas. La última proposición representa una división filosófica y espiritual de la materia, que convierte la fijación materialista en el principal lazo falso del catálogo de Emerson.

Los siguientes lazos falsos están unidos a nuestras pasiones habituales. Todo lo que pedimos, dice Emerson, cuando estamos poseídas por ellas, es desarrollar la capacidad de mejorar y de sublimar las pasiones en virtud. Dadme al chico rebelde, decía el maestro de escuela, para que pueda hacer algo con esa energía vivificante. Estamos falsamente vinculados a nuestros deseos, como si de limitaciones se tratara, y anhelamos que las cosas sean de otra manera, en lugar de ver en nuestra condición los ingredientes que nos impulsan hacia adelante y a través de las barreras y umbrales de la vida. Esa intuición es, según Emerson, “el poder de acomodación a cualquier circunstancia”.

El descontento debilitador que deriva de las circunstancias se ve roto por el elevado poder de propósito en la vida, al poner atención en la vocación elegida por uno mismo. Sólo ese elevado sentido del propósito nos provee del espejo adecuado, expuesto a la naturaleza y las circunstancias, que proporciona los dones de la auténtica satisfacción, lo que Emerson llamaba el triunfo del principio. Deambulamos sin rumbo por la vida hasta que el propósito nos da las lentes de corrección que nos permiten ver con claridad. Los lazos falsos son las nociones de propósito proporcionadas por otros: padres, mayores y profesores, quienes nos ven aparentemente deambulando sin rumbo e impetuosamente interceden para ayudarnos. Pero, como dijo Emerson, sólo cuando apelamos a nuestra sabiduría más íntima nos llega algún bien.

Otros lazos falsos son más prosaicos. Apártate de los locos agresivos y virulentos, deja la compañía desagradable, abandona el trabajo debilitador si no puedes transformarlo, resístete al absurdo y verás lo que al fin “la experiencia enseña un poco mejor que el más primitivo instinto en defensa propia, a saber: el no comprometerse, no mezclarse de ninguna manera con compañías inadecuadas, y no dejar que su locura se extinga sin trabas”.

Esta última advertencia puede que sea la más difícil de llevar a cabo. Somos criaturas sociables y nos encanta la compañía, a pesar del aislamiento de la confianza en uno mismo. Emerson dedica buena parte de este ensayo a reflexionar sobre todos los aspectos, positivos y negativos, de la camaradería. El lazo falso de la camaradería vacía es la adicción habitual a las apariencias. En el momento en que Emerson confronta los elementos, su lenguaje empieza a volar y nos deja un sustento genuino. Aquí está el ideal, lo que él mismo sería para nosotros:

Si llega alguien que puede iluminar con pensamientos esta oscura casa, mostrarnos su propia riqueza, los dones que poseemos, lo indispensables que son, su poder mágico sobre el hombre y la naturaleza; su acceso a la poesía, a la religión y a los poderes que constituyen el carácter, entonces despierta en nosotros el sentimiento de lo digno, sus sugerencias exigen nuevos modos de vida, nuevos libros, nuevos hombres, nuevas artes y ciencias; entonces salimos de nuestra existencia de cáscara de huevo a la gran cúpula y vemos el cenit por encima y el nadir por debajo de nosotros.

Como siempre, el propósito de Emerson, lo que le daba el poder de transformar lo ordinario, era el instinto que poseía de hacer trizas las percepciones reductoras. La experiencia ordinaria inevitablemente se convierte en reductora. Nuestra visión retrocede a causa del hábito. Nuestro mundo se reduce a las paredes de nuestra casa y, finalmente, de nuestra habitación. La ventana siempre ofrece la vista del mismo árbol, del mismo aburrido vecino. Los días empiezan a parecer siempre iguales. Las estaciones se repiten y la maravilla de la primavera se pierde. Ese lazo falso con el hábito adormecido es el último, el más difícil de romper. La súplica de Emerson de romper el huevo existencial y alcanzar la gran cúpula de la vida es tan difícil para nosotros como lo es para el polluelo, y es igual de fatídico si no se consigue.

Al leer este ensayo, vuelve a sorprenderme que Emerson tenga reputación de pensador diáfano. Como Richardson nos recuerda, incluso sus epigramas aparentemente ligeros, como el hombre sabio que engancha su vagón a una estrella, tienen de hecho su base: en este caso, una referencia a los molinos que se extienden por toda la costa de Nueva Inglaterra. No, los lazos falsos no son ilusiones soñadas o imaginaciones fantásticas, sino todo lo contrario: dudas estrictamente fijadas, caracteres encogidos por la culpabilidad, culpas vacías, miedos innecesarios e insatisfacciones no razonadas. Ésos son los verdaderos asesinos. Así que, cuando Emerson pregunta a su audiencia al final “¿Aguantaréis?” está preguntando si seremos capaces de liberarnos, y de encontrar luego un lugar donde apoyarnos. “El héroe”, nos recuerda, “es el que está incommoviblemente centrado”.

Esta pregunta nos hace retroceder al joven de veinte años que empezó el capítulo duodécimo de su diario, *Wide World XII*, con la frase griega de Arquímedes, *Dos Pou Stoi*, “un punto de apoyo”, como en “dadme un punto de apoyo y moveré la Tierra”. El punto de apoyo de Emerson era su visión trascendental, una parcela de terreno de la que empezó a ocuparse en aquel diario. Quizá conozcáis este pasaje revelador, que contiene una letanía de falsos lazos metafísicos de los cuales intenta liberarse.

21 de diciembre, 1823

¿Quién es la persona que me controla? ¿Por qué no puedo actuar y hablar y escribir y pensar con entera libertad? ¿Qué soy yo para el universo, o qué es el universo para mí? ¿Quién ha forjado las cadenas del bien y el mal, de la opinión y de la costumbre? ¿Debo yo cargar con ellas? ¿Es la sociedad mi ungido rey, o hay alguna comunidad más poderosa o algún hombre, o más que un hombre, del cual soy esclavo? Estoy solo en la vasta sociedad de seres; no me relaciono con ninguna especie; no consiento las compasiones. Veo el mundo, el ser humano, la bestia y la naturaleza inanimada; estoy en el medio de ellos, pero no soy uno de ellos; le digo al universo: ¡Poderoso! Tú no eres mi madre; regresa al caos si lo deseas, yo seguiré existiendo. Vivo. Si a algo debo mi ser, es a un destino superior al tuyo. Estrella a estrella, mundo a mundo, sistema a sistema serán aplastados, pero yo viviré.

Por supuesto, este lenguaje no es adecuado para un atril. Es demasiado íntimo. Lo que Emerson preparaba para sus lectores y oyentes debía despertar a los dormidos con ataques retóricos al sistema, no ser una confesión personal. Cuando en 1851 Emerson dijo: “Mi espíritu está preso en prisiones tan profundas que nadie lo visita si no lo hago yo”, articulaba el meollo de su única tarea en el mundo, y estas consideraciones tempestivas son las noticias que lleva a aquéllos que se encuentran presos, a los que brinda la escapatoria de los lazos falsos y la oportunidad de colaborar de algún modo en el bienestar de los demás.

TRADUCCIÓN DE CAROLINA ANGULO

